

Quando se pregunta á los arrianos, á los donatistas, á los luteranos y calvinistas en qué parte del mundo se hallaban sus Iglesias ántes que Arrio, Donato, Lutero ó Calvino hubiesen fundado sus sectas, contestan que sus Iglesias eran entonces invisibles, que ellos eran desconocidos entre los católicos, y que conservaban en sus corazonas la pureza de la religion de Jesucristo, hasta que llegase el tiempo dispuesto por Dios. No hay falsa religion que no pueda defenderse bajo tal principio.

Antes de Lutero y Calvino, durante mil quinientos años, su religion no existía, á no ser que quieran afiliarse con los herejes anteriores. No hay pues más verdadera Iglesia que la Iglesia católica, apostólica y romana, que ha existido siempre y ha sido siempre visible en el mundo entero....

Catolicidad de la Iglesia.

Lo que llama mi atencion en la Iglesia romana, dice S. Agustin, es su nombre de «católica;» es la única Iglesia, entre tantas heréticas, que tiene con justicia este titulo precioso. Porque, áun cuando los herejes se vanaglorian de ser católicos no se estremen nunca á indicar su basilica ó su templo á un extranjero que pregunte por la Iglesia católica, sino que le señalan la Iglesia romana. (*Contra Epist. fundan., c. IV.*)

Así como no hay más que un Señor, dice el venerable Beda, una fe, un bautismo y un sólo Dios creador de todas las cosas, tampoco hay más de una Iglesia católica, que es la multitud de todos los elegidos; está diseminada por todas las comarcas del universo, ha existido en todos los siglos, y está sometida á un sólo Dios: *Sicut unus Dominus, una fides, unus baptismus, unus Deus et Pater omnium; ita est una catholica omnium electorum multitudo per omnia et mundi loca, et tempora seculi, eidem uni Deo subiecta.* (In Cant. c. VI.)

Alégrase toda la tierra en Dios, dice S. Agustin. No se regocije nadie á parte, rebosé la tierra entera de alegría; regocijese la Iglesia católica, porque ella sola ocupa todo el universo. El que esté aparte y separado del todo, pretende dar aullidos, y no hacer resonar cánticos de júbilo: *Jubilare Deo omnis terra. Nemo jubilet in parte, omnis terra jubilet, catholica jubilet, catholica totam tenet. Quicumque partem tenet, et á toto praeclusus est, ululare vult, non jubilaré.* (In Psal. LXV.)

La Iglesia sube hasta el cielo, baja hasta el purgatorio, que es la cárcel de la Iglesia, abraza todos los tiempos y todos los siglos, y llena el universo. La Iglesia romana es la única que, ante tantísimas sectas, lleva el hermoso nombre de católica.

Tambien el Real Profeta publicaba la catolicidad de la Iglesia: Dominará de un mar á otro, dice, y desde el rio á las estremidades de la tierra: *Dominabitur á mari usque ad mare; et á flumine usque ad terminos orbis terrarum.* (LXXI. 8.) Así como el Espíritu Santo, del Señor llena el universo, la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, abraza todas las naciones: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum.* (Sap. 1-7.)

La catolicidad de la Iglesia comenzó en la persona de los Apóstoles con un gran milagro, con la diversidad de lenguas en el solemne día de Pentecostés. Todos, dicen las Actas de los Apóstoles, les oían hablar en su propia lengua. Partos y medas, elamitas y los que habitan la Mesopotamia, y la Judea, y la Capadocia, el Ponto y el Asia, la Trigia y la Pamfilia, el Egipto y la Lidia, cerca de Cireno, y los extranjeros venidos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, les oíamos hablar nuestro idioma de las grandezas de Dios. (II. 6-11.) Y desde los Apóstoles, la Iglesia de Jesucristo se ha extendido á aquellas regiones y á muchas otras....

La montaña en la que habita el Señor, dice Isaías, se elevará sobre las colinas y las más altas montañas, y las oleadas de las naciones irán hácia ella. (II. 2.) Observar aquí un milagro: los ríos bajan por las pendientes, pero aquí las olas suben, las naciones suben....; la gracia obra esta maravilla, levantando los corazones. Jesucristo, anunció esta afluencia de pueblos al seno de la Iglesia, y pronosticó su catolicidad: Cuando estaré levantado en la cruz, todo lo atraeré hácia mí: *Cum exaltatus fuero á terra, omnia traham ad meipsum.* (Joann. XII. 32.) Y las naciones dirán: Venid, subamos á la montaña del Señor y á la casa del Dios de Jacob: *Et dicent: Venite, et ascendamus ad montem Domini, et ad domum Dei Jacob.* (Isai. II. 3.)

En su universalidad, la Iglesia es cierto cielo inmenso que se extiende sobre el mundo entero dice, S. Bernardo. En este cielo, la luna es la fe; la estrella de la mañana es la esperanza, el sol es la caridad, y las estrellas son las virtudes y los Santos. (*Serm. in Cant.*)

Levanta la vista, dice el Señor por medio de Isaías, mira al rededor tuyo (ó Iglesia mía); estos pueblos reunidos vienen hácia tí. Juro por mi mismo que vendrán á ser para tí el vestido con que se engalana la recién casada. (XLIX. 18.) Tus desiertos, tus soledades y tu tierra, en otro tiempo sembrada de ruínas, no podrán bastar á la muchedumbre que se dirigirá hácia tí; tus enemigos quedarán disipados. Los hijos de tu esterilidad (de la antigua ley) te repetirán: El sitio es demasiado reducido; construímos un recinto donde podamos habitar. Y tú dirás en tu corazón: ¿Quién me ha dado estos hijos, á mí que era estéril (cuando la Sinagoga) y no paría? Extenderé mi mano sobre las naciones, levantaré mi estandarte ante los pueblos. Traerán tus hijos en sus brazos y tus hijas sobre sus hombros. Los reyes les alimentarán, y las reinas serán sus nodrizas; se prosternarán ante tí, y besarán el polvo de tus pies. (Id. XLIX. 19-23.) Ensancha el recinto que ocupas, desarrolla las telas de tus tiendas, alarga sus cuerdas. (Id. XLIV. 2.) Penetrarás á derecha y á izquierda; tu posteridad será heredera de las naciones, y habitará las ciudades desiertas: *Ad dexteram et ad levam penetrabis, et semen tuum gentes hereditabit, et civitates desertas inhabitabit.* (Id. LIV. 3.) Entonces verás, y tu corazón se admirará, y quedará inundado de delicias, cuando acudan hácia tí las nume-

rosas regiones del mar y la fuerza de las naciones. Llegarán para innumerables manadas de camellos, y los dromedarios de Madian y de Ephraim; los habitantes de Saba vendrán á ofrecerte oro é incienso con cánticos de alabanza.... ¿Quiénes son los que vuelan como nubes, y como palomas presurosas de volver á su retiro? Es que me esperan las islas y los bajelos del mar para transportar á tus hijos y sus tesoros, á fin de honrar al Dios que te ha colmado de gloria. Los hijos del extranjero levantarán tus murallas, y sus reyes te servirán. Tus puertas estarán abiertas noche y día; nunca se cerrarán, para dejar entrar á los reyes y lo más selecto de las naciones. La nación y el reino que no te reciban, perecerán, y los pueblos que no te reconozcan, quedarán solos como el desierto. La gloria del Líbano vendrá hácia tí; tus enemigos adorarán la huella de tus plantas, y te llamarán «ciudad del Señor.» Haré que seas el orgullo de los siglos y la alegría de las generaciones. La paz reinará en tí, y la justicia te regirá. (Isai. LX. 4-15). Estas sublimes palabras que anunciaban y describían la Iglesia católica, más bien son una historia que una profecía.

Una piedra, dice Daniel, se desprendió de la montaña, sin que á ello contribuyese la mano del hombre, y se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra: *Abscissus est lapis de monte sine manibus, et factus est mons magnus, et implevit universam terram.* (II. 34-35).

El número de los hijos de Israel, dice el profeta Oseas, será como la arena del mar, que no puede medirse ni contarse: *Et erit numerus filiorum Israel, quasi arena maris, quæ sine mensura est, et non numerabitur.* (I. 10). Esta profecía comenzó á tener cumplimiento en tiempo de Jesucristo que anunció su Evangelio á los Israelitas y Judíos, y vinieron luego los Apóstoles y sus sucesores, los obispos y los misioneros, por cuyos cuidados han entrado las naciones al seno de la Iglesia.

La Iglesia establecida bajo la autoridad del Pontífice romano es la única en cuyo favor se haya cumplido la promesa que Dios hizo á la Iglesia de Jesucristo: Te daré por herencia las naciones, y tu dominio se extenderá hasta los confines de la tierra: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ.* (Psal. II. 8).

Ella ejecutó el mandamiento que Jesucristo dió á sus Apóstoles: Id, enseñad á todas las naciones; recorred el mundo entero, y predicad el Evangelio á toda criatura: *Euntes in mundum universum prædicatè Evangelium omni creature.* (Marc. XVI. 15). Por esto es la única á la que con venga verdadera y propiamente la señal visible de universalidad, de catolicidad. Según confesion de sus mismos enemigos, siempre ha tenido exclusivamente esta distincion gloriosa y divina.... El hecho es incontestable.

Ninguna secta puede presentar una cosa semejante. Demuéstranos Lutero, Calvino y los demás sectarios que á su Iglesia es á la que

Dios dijo por el profeta: Te daré las naciones por herencia, y tu dominio se extenderá hasta las extremidades de la tierra. (Psal. XII. 8). Enumérennos siglo por siglo los reinos y las provincias que ha conquistado su Iglesia. No podrán contar más que los que poseen ahora, y aún éstos porque los arrebataron á viva fuerza á la Iglesia romana. Y ¿cuánto han durado las sectas? ¿En cuántas otras sectas se han subdividido? ¿Son estas iglesias universales ó católicas?.... La Iglesia romana cuenta fieles en todo el universo; ¿donde están los de las sectas?

Jesucristo, dice S. Pablo á los Efesios, ha amado la Iglesia hasta sacrificarse por ella, á fin de purificarla, santificándola en el bautismo del agua con la palabra de vida, para hacerla presentar llena de gloria, sin mancha, ni tildes ni cosa parecida, antes bien santa y sin defecto alguno: *Christus dilexit Ecclesiam et seipsum tradidit pro ea, ut illam sanctificaret, mundans lavacro aquæ in verbo vitæ; ut exhiberet ipse sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi; sed ut sit sancta et immaculata.* (V. 25-27).

La Iglesia tiene los nombres de ciudad de los Santos (Isai. LII. 1), ciudad santa (Apoc. XXI. 2), vinya fecunda (Psal. LXXIX. 9), montaña alta (Isai. II. 2), camino recto (Isai. XXXV. 8), paloma única (Cant. VI. 8), reino del cielo (Matth. XIII. 24), esposa de Jesucristo (Cant. IV. 8), y sosten de la verdad (I. Tim. III. 15). Todos estos títulos, que sólo convienen á la Iglesia católica, apostólica y romana, son títulos de gloria que prueban su santidad. Es la Iglesia de Jesucristo que Dios rige en la que habita, ya espiritualmente por su gracia, ya corporalmente en la Eucaristia. Añádase que el Evangelio es santo...; que en la Iglesia los Sacramentos son santos...; que la doctrina de la Iglesia, su moral y su culto son santos...; que todos sus miembros son llamados á la santidad, y que muchísimos de ellos, en todos los siglos, han sido Santos, y muy grandes Santos....

¿En el seno de qué Iglesia han derramado su sangre tantos millares de mártires ilustres? En el seno de la Iglesia católica y romana.... ¿A qué Iglesia pertenecieron S. Atanasio, S. Jerónimo, S. Crisóstomo, S. Agustín y tantos otros hombres eminentes en ciencia y santidad? A la Iglesia católica y romana.... ¿De qué Iglesia eran miembros los Antonios, los Pablos, los Hilarios, los Simeones Estilitas, y todos aquellos millares de Santos religiosos que poblaron los desiertos del Egipto, de la Tebáida, etc.? De la Iglesia católica y romana.... ¿A qué Iglesia han estado afiliadas en todos los siglos las innumerables vírgenes que todo lo abandonan en el mundo para consagrarse á Dios en el claustro; aquellas hospitalarias hermanas que se olvidan de sí mismas para entregarse noche y día en hospitales, cárceles, galeras, etc., á los más asiduos y penosos cuidados en favor de una multitud de desgraciados? A la Iglesia católica y romana.... ¿De qué Iglesia son hijos tantos millones de celosos misio-

Santidad de la Iglesia.

neros que en todos tiempos abandonan sus padres, amigos, bienes, patria, y van á lejanas comarcas á sufrir toda clase de privaciones y á exponer su vida para salvar almas que jamás han conocido? De la Iglesia católica, apostólica y romana.

¿Quién ha fundado todas las grandes instituciones de caridad y humanidad? La Iglesia católica.....

Buscad otro tanto en las otras religiones..... Buscad en las sectas profecías é innumerables milagros que sean el sello de la santidad. Nada habla en las sectas, ni sus ceremonias, ni sus templos, ni sus altares [Altaires! No los tienen; los han destruido..... Una de las pruebas invencibles de la santidad de la Iglesia católica, es que todos los que no pertenecen á esta religion y quieren realmente santificarse, acuden á ella; mientras que los que quieren vivir segun sus pasiones y los desarreglados deseos de la carne, sin obediencia, freno ni principios, la abandonan para profesar las falsas creencias de alguna secta.....

La religion católica romana es la más santa de todas las religiones, ó mejor dicho, es la única santa. Todas las demás conceden mucho á la carne y á la sangre, al libertinaje del espíritu y á la corrupción del corazón; niegan á la Iglesia y á los poderes eclesiásticos erigidos por Dios la sumisión que se le debe; inspiran un espíritu de rebelion hasta contra los soberanos de la tierra puestos por Dios para gobernar á los pueblos; eliminan de sus prácticas las austeridades, las abstinencias, los ayunos, la confesion, el celibato y todo lo que mortifica los sentidos y las pasiones corrompidas. Comparad la pretendida santidad de todas las sectas con la sólida santidad de la Iglesia católica, apostólica y romana; y vereis que existe entre ellas la misma distancia que entre el cielo y el infierno.

La Iglesia católica romana no se contenta con enunciar en teoria máximas santas y austeras, pues amolda á estas máximas su conducta; es la única religion que practique las austeridades y mortificaciones tan recomendadas en la Escritura, y principalmente en el Nuevo Testamento, y que haga profesion de observar los consejos evangélicos en una multitud de comunidades de ambos sexos. Las otras religiones ni la sombra ofrecen de todas estas prácticas que conducen á la santidad.

La Iglesia católica, apostólica y romana es la única verdadera Iglesia.

No hay salvacion fuera de Jesucristo, dice S. Pedro; pues no hay bajo el cielo otro nombre dado á los hombres por medio del cual podamos salvarnos: *Non est in alio aliquo salus; nec enim aliud nomen est sub celo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.* (Act. IV. 12). Sólo Jesucristo es la salvacion del mundo; sólo él es la verdad, y habiendo fundado la Iglesia católica romana, esta Iglesia es su esposa y la única verdadera.

El Señor, dice Isaías, nos enseñará sus vias la ley saldrá de Sion, y la palabra vendrá de Dios: *Docebit nos vias suas, quia de Sion exibit lex, et verbum Domini.* (II. 3). La ley saldrá de Sion, es de-

cir, de la Iglesia, no la ley judaica, sino la ley del Evangelio, la ley cristiana, la ley de la gracia, la ley vivificante dada así á los gentiles como á los judios.

No hay secta alguna que no pretenda tener ventajas sobre todas las demás, sosteniendo que es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Sin embargo, es necesariamente preciso que todas estas sectas que se dicen cristianas, se engañen, ménos una; pues Dios no puede haber revelado dos religiones contradictoriamente opuestas. Dios no puede, por ejemplo, haber revelado que un mismo misterio es y deja de ser; que hay tres personas en Dios; y que no está; que el Verbo eterno se ha encarnado y no se ha encarnado; que Jesucristo está realmente en la Eucaristia y realmente no está; que el infierno será eterno y no será eterno, y lo mismo respecto de los demás artículos de la fe. Dios no puede haber revelado tales contradicciones, porque sería absurdo, y en una ú otra hipótesis mentira; y Dios no es absurdo ni mentiroso. No puede por consiguiente haber más que una sola religion verdadera, y es la que ha sido revelada por Dios.....

Entre tantas sectas, permitaseme elegir dos, la de Lutero y la de Calvino, y les dirigiré las siguientes preguntas: 1.º Decís que vuestra religion viene en linea recta de los Apóstoles? Pero ¿dónde estaba vuestra Iglesia ántes de Lutero y de Calvino? Procurais remontaros hasta Juan Hus, Jerónimo de praga, Wiclef, los Albigenes y los Valdenses. Haced mal. Las religiones de todos éstos eran diferentes entre sí, y diferentes tambien de la vuestra; pero, áun ántes de estas sectas, ¿dónde estaba la vuestra? Tales sectas han surgido mucho tiempo despues de establecida la religion de los Apóstoles.....

2.º ¿Decís, continúa el P. Campien, que creéis todo lo que contiene la pura palabra de Dios; que hallais claramente vuestra religion en la Escritura, y que habeis confrontado pasaje por pasaje? Todas las sectas dicen lo mismo..... Decís que las demás sectas no entienden la Escritura, y se engañan; pero con mucha justicia se os puede hacer á vosotros el mismo cargo. Decís que el Espíritu Santo os guía á vosotros, y ellos dicen otro tanto. Y lo que prueba con evidencia que el Espíritu Santo no os guía á vosotros ni á ellos, es que todos os contradecís.....

3.º ¿Decís que creéis muchos misterios de la religion romana, y todos los que son necesarios para la salvacion? Jamás ha habido una secta herética que haya dejado de publicar que creia todo lo necesario para la salvacion, conservando alguno de los dogmas de la religion romana. Los demás herejes tienen tanto derecho como vosotros á valerse de esta razon.....

4.º ¿Decís que vuestra religion tiene muchas cosas buenas? Lo mismo pueden decir la mayor parte de las sectas heréticas, y hasta la religion de Mahoma.....

5.º ¿Decís que vuestra religion es la más santa? Habeis eliminado de ella las austeridades del cuerpo, las mortificaciones de la car-

ne, los ayunos, las abstinencias, el celibato y la confesion; habeis dicho que sola la fe salvaba y que eran inútiles las obras, y habeis excluido los consejos evangélicos. Asi pues, vuestra religion es sensual. Vuestros pretendidos reformadores no se han contentado con excluir todo lo que reftrena la concupiscencia, han autorizado tambien todos los vicios, porque han sostenido como un dogma de su religion que no se imputa ningún pecado á los que tienen fe, y vuestro gran patriarca Calvino ha tenido la imprudencia de añadir, con horrible impiedad, que un hombre que tenga fe, aunque sea culpable del mayor crimen, tiene la salvacion tan segura como el mismo Jesucristo. ¿Puede tal Iglesia ser la verdadera Iglesia?...

6.º ¿Decis que vuestra Iglesia es la más universal? Sólo existe en algunos países, y hay entre vosotros tantísimas sectas diferentes, que cada una en particular es un terreno insignificante comparado con la vasta extension de las provincias y de los reinos que posee la Iglesia romana en todo el universo.....

7.º ¿Decis que vuestra religion ha sido confirmada con grandes milagros! ¿Dónde están? Indicad uno sólo en cualquiera de las sectas que se han formado. En la Iglesia católica, sí, los encontraréis numerosos, ciertos públicos y muy auténticos en todos los siglos.....

8.º ¿Decis, Lutero y Calvino, que recibisteis directamente vuestra mision de Dios! Prescindiendo de que no lo probaréis nunca, y que es muy fácil probar, por el contrario, que la habeis recibido de Satanás, pues el árbol se juzga por su fruto, muy tarde os ha enviado Dios: ¿qué hacía pues durante mil quinientos años de su Iglesia, á la que habia solemnemente prometido no desamparar nunca hasta la consumacion de los siglos?...

9.º ¿Decis finalmente, protestantes, calvinistas, que vuestros reformistas han purgado la Iglesia de sus errores, de sus supersticiones y de su idolatria, y que la han purificado, reformado y vuelto á llevar á su antigua pureza! Nunca ha habido hereje que no haya pretendido reformar la Iglesia romana y no se haya vanagloriado de haber restituido la religion á su primitiva pureza. Pero, ¿qué autoridad tenían Marcion y Arrio, lo mismo que Lutero y Calvino, para formar la Iglesia universal? ¿Quiénes eran estos sujetos? ¿De dónde venian? ¿Quién les nombró plenipotenciarios? ¡O reformadores, necesitabais todos ser reformados, y salisteis del seno de la verdadera Iglesia por no querer ser reformados por ella! En vista de vuestro comportamiento, no hay hombre, por más faccioso y enradador que sea, que no tenga derecho para erigirse en otro pretendido reformador de cualquiera iglesia; tanto derecho y autoridad ha de tener como el monje Lutero y el canónigo Calvino, acusado públicamente en Francia de enormes crímenes, y podrá á su vez reformar su reforma con el mismo poder con que aquellos dos innovadores reformaron la Iglesia católica, apostólica y romana. Y aun será absolutamente necesario reformar de nuevo la reforma de Lutero y Calvino, puesto que ellos mismos confiesan que están sujetos al error y á la mentira,

deduciéndose de sus mismas palabras que han podido engañarse en su reforma. Asi es que, segun sus principios, será preciso admitir hasta el infinito reformadores para reformar á los reformistas; y esto hasta el fin de los siglos, quedándonos el desconsuelo de no poder saber nunca que reforma ha sido buena y verdadera.....

La Iglesia católica, apostólica y romana, que está exenta de todos estos errores, es pues la única verdadera Iglesia.....

Jesucristo dijo á Pedro: Eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra, será tambien atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos. (*Math. XVI. 18-19*).

Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío, dijo á sus Apóstoles: *Sicut missi me Pater, et ego mitto vos*. (Joann. XX. 21). Y despues de pronunciar estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: los pecados serán perdonados á aquellos á quienes los perdonáreis, y no lo serán á aquellos á quienes no los perdonáreis. (*Joann. XX. 22-23*).

Tengo todo poder en el cielo y en la tierra, añade aún: id pues, y enseñad á todas las naciones. (*Math. XXVIII. 18-19*). El que crea, se salvará; pero el que no crea, se condenará. (*Marc. XVI. 16*).

La predicacion de los Apóstoles triunfa; la fe destruye la infidelidad; la verdad destruye la mentira, y la caridad de Jesucristo el odio; la paciencia triunfa de los sufrimientos, de las persecuciones y de la muerte.....

La Iglesia, dice S. Hilario, tiene la particularidad de florecer cuando la persiguen, de engrandecerse cuando está oprimida, de ser invencible cuando la desprecian, de conservar toda su vida cuando la hieren, y de desplegar su ciencia é inteligencia cuando se ve atacada por los sofismas y la calumnia, no siendo nunca tan fuerte como cuando parece abatida y vencida: *Vere hoc proprium habet Ecclesia; ut dum persecutionem patitur, floreat; dum opprimitur, crescat; dum contemnitur, persistat; dum leditur, vivat; dum arguitur, intelligat; dum stat, cum superari videtur*. (Lib. III).

Ninguna fuerza, dice S. Crisostomo, puede vencer á la Iglesia; Dios, más fuerte que todo, es el mismo la Iglesia: *Ecclesiam vincere nulla vis potest; Deus est Ecclesia, qui fortior omnibus est*. (Homil. ad pop.). Pues, como dice S. Bernardo, el Dios único que es el esposo, es la cabeza; y la esposa que es la Iglesia, es el cuerpo. (*Serm. in Cant.*).

Como una azucena entre espinas, así aparece mi muy amada en medio de estas hijas de los hombres: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias*. (II. 2). Así como la azucena nace y crece entre espinas, así se fortifica la Iglesia y brilla en medio de los herejes y malos cristianos, que, semejantes á crueles espinas, la hieren y desgarran; parecida es á la azucena por su brillo, su pureza, el embria-

Poder de la Iglesia.

gador perfume de su doctrina y santidad. Aún más, las persecuciones la engrandecen, y entonces se dilatan su poder y su fama.

Sereis, dijo Jesucristo, como corderos en medio de los lobos. Pero el gran milagro del poder de la Iglesia consiste en que los corderos son más fuertes que los lobos, los vencen, los derriban y los convierten en corderos. Véase á Saúl....

La Iglesia es la torre de David, coronada de almenas, donde están colgados mil broqueles y todas las armas de los fuertes: *Sicut turris David, quæ adificata est cum propugnaculis; mille clypei pendunt ex ea, omnis armatura fortium.* (Cant. IV. 4).

La Iglesia es terrible como un ejército ordenado en batalla: *Terribilis ut castrorum acies ordinata....* (Cant. VI. 3). Es un campamento, una fortaleza, una ciudad inexpugnable.

Siendo la Iglesia una en todo, todo lo puede, dice la Sabiduría: *Cum sit una, omnia potest.* (VII. 27). La Iglesia, lo mismo que María, aplasta la cabeza de la sierpiente infernal: *Ipsa conteret caput tuum.* (Gen. III. 15).

¿Quién hubiera creído, dice S. Crisóstomo, que la cruz de Jesucristo había de convertir en polvo los ídolos, y que los discípulos del Crucificado habían de llegar á ser tan gloriosos lo han engrandecido tanto poder? ¡Oh! ¡cuántos terribles y formidables enemigos ha tenido la Iglesia! Sin embargo, jamás fué vencida. ¡Cuántos tiranos, cuántos príncipes y emperadores le hicieron encarnizada guerra! Augusto, Tiberio, Claudio, Diocleciano, Domiciano, Neron, Juliano el Apóstata, etc., quisieron derribarla y destruirla por medio del calabozo, del hierro y del fuego; pero ahora callan, entregados á la execración de todos los siglos, y la Iglesia, con tanta ferocidad combatida por ellos, sube al cielo. Los doce Apóstoles, atacados con encarnizamiento por el mundo entero, triunfan, al paso que los que contra ellos luchaban han desaparecido; y aquellos doce corderos han dispersado legiones de lobos feroces, y los han vencido con las únicas armas de la paciencia, del Evangelio, de la cruz y con su sangre. (*Homil. de Cruce*).

Veis, dice S. Agustín, las potencias de este siglo vencidas y domadas, no por medio de conquistas, sino por la muerte de los cristianos. Y por el contrario, están derruidos los templos y derribados los falsos dioses en cuyo honor eran sacrificados los discípulos de Jesucristo, y las potencias de la tierra se arrodillan á las plantas de un pescador, á las plantas de Pedro, deponiendo su diadema y orando. (*De celest. vita*).

El Dios del cielo, dice Daniel, creará un reino que jamás ha de ser destruido y cuyo imperio no se dará á otro pueblo; este reino vencerá y absorberá todos los reinos, y subsistirá eternamente. (II. 44). Se desprendió una piedra de una montaña, hirió la estatua en sus pies de hierro y barro, y los rompió. (*Dan. II. 34*). Entonces se hicieron juntamente pedazos el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro, y se convirtieron en el polvo impalpable que ar-

roja lejos de sí un viento de verano; y no pudo conocerse ya el sitio que ántes ocupaban; pero la piedra que había despedazado la estatua, llegó á ser una gran montaña, y llenó toda la tierra. (*Dan. II. 35*). Esta piedra desprendida de una montaña es la divina Iglesia de Jesucristo; y aquella estatua; compuesta de hierro, barro, bronce, plata y oro, es el paganismo, son las herejías que la Iglesia destruye y de las que triunfa, llenando el mundo entero con su resplandor divino y sus innumerables beneficios.

El reino de Jesucristo, que es la Iglesia católica, apostólica y romana, tiene la ventaja sobre todos los demás reinos de poseer las ocho grandes y preciosas prerogativas siguientes: 1.º la duración...; 2.º la extensión...; 3.º la fuerza y la eficacia con que Jesucristo domina en ella los espíritus, las almas y los corazones, haciendo que hombres endurecidos, orgullosos, corrompidos, rebeldes, incrédulos y perseguidores, se vuelvan dulces, humildes, puros, obedientes, llenos de fe y de caridad...; 4.º los efectos que produce; pues los que se someten al reino de Jesucristo quedan libres del demonio, del pecado, del infierno, y se convierten en hijos de Dios y herederos del cielo...; 5.º el modo con que Jesucristo, su monarca, ha triunfado de los otros reinos: los Apóstoles lo han engrandecido y hecho poderoso, no por medio de las armas, sino por medio de la cruz, la pobreza y la humildad, refrenando las pasiones con la paciencia, el desinterés y los martirios, é inspirando desprecio por los honores, las riquezas, los placeres y el amor de las cosas celestiales...; 6.º las leyes muy sábias, muy santas y fáciles de observar que lo rigen, prescribiendo la castidad, la inocencia, la caridad, la santidad, la perfección y todas las virtudes...; 7.º el objeto y el fin con que ha sido establecido, objeto que consiste en formar reyes para el cielo...; 8.º el rey que tiene, que es Jesucristo, Rey de los reyes, Señor de los señores, eterno é inmutable....

Dios, dice Daniel, dará á su Iglesia el poder, el honor y el imperio; todos los pueblos, todas las tribus y todas las lenguas se le someterán. Su poder es un poder eterno que no será transferido, y su reino no será debilitado: *Dedit ei potestatem, et honorem, et regnum; et omnes populi, tribus et linguæ ipsi servent; potestas ejus, potestas æterna quæ non auferetur; et regnum ejus, quod non corrumpetur.* (VII. 14).

El Señor, dice el profeta Zacarías, saldrá y combatirá contra las naciones: *Egrelietur Dominus, et præliabitur contra gentes.* (XIV. 3). Hé aquí el principio del triunfo de la Iglesia sobre las naciones. Jesucristo con su Evangelio le somete los pueblos rebeldes y enemigos en otro tiempo....

La Iglesia romana no se ha sostenido nunca, ni se sostiene más que con armas espirituales, amenazas de los juicios de Dios, oración y paciencia. Todas las sectas no se establecieron ni se sostienen sino con auxilio de los facciosos y de los poderes de la tierra. Y en esto, lejos de haber algo sobrenatural y divino, todo es natural y huma-

no; pues los más groseros bárbaros harían tanto como los más hábiles herejes....

El poder de la Iglesia se ejerce con la caridad. La Iglesia se ha vengado siempre de sus enemigos con la caridad, la bondad, la paciencia, las oraciones y el perdón.... Siempre puso en práctica aquellas palabras de Jesucristo: Devolved bien por mal...; rogad por los que os persiguen y calumnian.... Si alguna vez empuña el arma de la excomunión, es solamente por necesidad y en interés de su gloria y de la salvación de sus hijos.

Hermosura de la Iglesia.

Soy negra pero hermosa, dice la Esposa de los Cantares: *Nigra sum, sed formosa*. (I. 5). Estas palabras se aplican á la Iglesia. La Iglesia se ennegrece con las pasiones que se agitan al rededor suyo y la persiguen; es bella con la invencible constancia que despliega su espíritu y con su paciencia sublime. Está ennegrecida por los golpes que le dan sus agresores; pero es hermosa, 1.º, por el brillo y el encanto unidos á su fuerza, á su humildad y á las demás virtudes que adquiere y desarrolla con la resignación de que hace prueba en medio de los diferentes asaltos que le dan...; 2.º es hermosa por la riqueza de las coronas que tiene preparadas en el cielo...; 3.º es hermosa por el número de Santos que la reconocen por madre.... El sudor y el polvo del combate la hacen negra, dice S. Ambrosio, pero, cuando se corona con las insignias de la victoria, es hermosa: *Nigra est exercitii sui pulvere, dum praeliatur; decora dum victoriæ sue insignibus coronatur*. (Serm. V). Ninguna merma experimenta el oro puro pasado por el crisol, añade S. Ambrosio; su brillo aumenta por el contrario. Lo mismo sucede con la Iglesia: *Sicut aurum bonum, ita Ecclesia, cum uritur, detrimenta non sentit, magis fulgor ejus augetur*. (Ut supra).

Eres muy hermosa, ó amada mía, dice el Señor á su esposa la Iglesia, eres muy bella; tienes los ojos de paloma: *Ecce tu pulchra es, amica mea; ecce tu pulchra es; oculi tui columbarum*. (Cant. I. 14).

La Iglesia tiene dos hermosuras, hermosura exterior y hermosura interior. Es hermosa en sí misma y en sus hijos sumisos; es hermosa en la tierra, y hermosa en el cielo; es hermosa cuando combate, y hermosa cuando triunfa: es hermosa en el mundo por la gracia, y en la vida futura por la gloria....

Eres muy hermosa, ó amada mía, y no hay mancha en tí: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*. (Cant. IV. 7). A estas palabras ha querido aludir el gran Apóstol al escribir á los Efesios: Jesucristo ha amado á su Iglesia hasta entregarse el mismo á la muerte por ella, á fin de santificarla, purificándola, y á fin de hacerla presentar ante él llena de gloria, sin mancha, arruga, ni cosa parecida, sino santa y sin defecto alguno. (V. 25-27).

La Iglesia es muy hermosa: hermosa, 1.º, con la hermosura de la ley evangélica que profesa...; 2.º con la hermosura del conocimiento de Dios, de la verdadera fe y del culto verdadero...; 3.º hermo-

sa en sus ceremonias, sus ritos, los adornos y la majestad de sus templos, etc...; 4.º hermosa por la hermosura de sus Sacramentos...; 5.º hermosa con la gracia y la justicia inherente á los fieles, á los justos y á los Santos...; 6.º hermosa por sus religiosos, sus doctores, confesores, vírgenes, mártires, etc...; 7.º hermosa en fin con todas sus prerrogativas, sus cualidades, sus virtudes y su Divinidad....

¿Quién es la que se adelanta como la aurora naciente, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército en batalla fuera de sus tiendas? *Quæ est ista que progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* (Cant. VI. 9). ¿Quién es la que sube del desierto, llena de delicias, apoyada en su muy amado? *Quæ est ita que ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* (Cant. VIII. 5). Por medio de su profeta habla el Señor aquí de la santísima Virgen y de la Iglesia. Así lo creen todos los comentaristas....

La Iglesia, que es la sabiduría, es más bella que el sol y los diversos grupos de estrellas; comparada con la luz más pura, aún es más brillante: *Est enim hæc speciosior sole, et super omnem dispositionem stellarum; luci comparata, invenitur prior*. (Sap VII. 29). Es decir, que la Iglesia es más resplandeciente, más adornada y elevada que el sol y todos los astros: su luz es la misma luz de Dios....

Jacob tuvo dos esposas Lia y Raquel; Raquel era más bella que Lia, dice la Sagrada Escritura. (Gen. XXX. 15). Colmada de gracias y llena de dones del Espíritu Santo, la Iglesia esposa de Jesucristo es hermosa interiormente como Raquel; pero en el exterior está como Lia desfigurada por las cruces y las adversidades. Pero, así como Lia fué más fecunda que Raquel, la Iglesia se vuelve fecunda á medida que aumentan sus pruebas y se acerca más al Calvario para unirse, imitándole, á su divino Esposo crucificado....

San Bernardo llama á la Iglesia una grande y hermosa viña plantada por el Señor, rescatada con su sangre, regada con la palabra de vida, propagada por la gracia, y fecundizada por el Espíritu Santo. Esta viña produce toda clase de flores, la violeta de la humildad, la azucena de la castidad, la rosa de la paciencia y de la caridad, y la flor de la abstinencia. (Serm. in Cant.).

Alégrate, tú que eras estéril y no parías, dice S. Pablo á imitación de Isaías (LIV. 1); da gritos de alegría, tú que no habías sido madre; porque la que habia sido abandonada, tiene más hijos que la que tiene esposo: *Lætare, sterilis, que non paris, erumpet et clama, que non parturis; quia multi filii deserta magis quam ejus que habet virum*. (Gal. IV. 27).

Escuchad á S. Ambrosio hablando de la fecundidad de la Iglesia virgen: La santa Iglesia, dice, inmaculada en su concepción, y fecunda en su parto, es virgen por su castidad, y madre por su numerosa familia. Esta madre virgen nos concibe, no por medio de hombre, sino en virtud del Espíritu Santo; nos pare no en medio

Virgindad y fecundidad de la Iglesia.

de dolores, sino en medio de la alegría de los ángeles; nos alimenta, no con leche material, sino con la palabra de los Apóstoles. Es virgen en sus Sacramentos y sus virtudes, y es madre de los pueblos (1).

Mucho tiempo estéril, la Iglesia, dice S. Jerónimo, sólo fué fecunda después que Jesucristo hubo nacido de una virgen; sólo después de haber dado nacimiento á Jesucristo se volvió muy fecunda: *Ecclesia diu sterilis, non peperit antequam Christus de Virgine nasceretur; sed cum Christum peperit, proles Deo plurimas peperit.* (Lib. super Matth).

Los hijos de la esterilidad dirán según Isaias: El lugar es demasiado estrecho; dadnos un recinto en donde podamos habitar. Y tú dirás en tu corazón: ¿Quién me ha dado estos hijos; á mí que era estéril y no paría? Me habían arrojado de mi país, y estaba cautiva; ¿quién los ha alimentado? Yo estaba sola y abandonada; ¿de dónde me han venido? (XLIX. 21).

Alégrate, estéril que no parías, exclama el mismo profeta, entona cánticos de alabanza, da gritos de alegría, tú que no tenías hijos. (LIV. 1). Antes de Jesucristo, la gentilidad era estéril y abandonada de Dios; no tenía fe ni gracia, y se veía privada de hijos de fieles y de Santos; pero por medio de Jesucristo se ha vuelto fecunda...

La Iglesia, dice S. Ambrosio, no está unida á un hombre, pero tiene un esposo; tiene el esposo de la sana doctrina; y sin que su pudor tenga por qué alarmarse, se une al Verbo, como á su esposo eterno: *Ecclesia virum non habet, sponsum habet. Habet sponsum sanæ doctrinæ, Verbo sine ullo flexu pudoris, quasi sponso innubili æterno.* (Ut supra).

Escuchemos á S. Agustín: Jesucristo, dice hijo de la Virgen, esposo de las vírgenes, nacido corporalmente de un seno virginal, se une espiritualmente al alma con un enlace virgen. Virgen, la Iglesia católica es esposa de Jesucristo. ¿De qué honra no son dignos los miembros de esta Iglesia que conservan también la virginidad en su cuerpo, como la Iglesia la conserva en la fe, la Iglesia que imita á la Madre de Jesucristo! Porque la Iglesia es también virgen y madre. Alabamos su virginidad, hablando de su fecundidad. María ha dado corporalmente á luz al Jefe del sagrado cuerpo de la Iglesia, y la Iglesia pare espiritualmente á los miembros de este divino Jefe. En la Iglesia como en María la virginidad no es un obstáculo para la fecundidad; en una y en otra, la virginidad no destruye la fecundidad. (De S. Virgine., c. 1).

María concibe por el Espíritu Santo, y la Iglesia concibe también por el Espíritu Santo á sus numerosos hijos. María concibe al Hijo de Dios, y la Iglesia concibe á hijos de Dios. María concibe á aquel que baja del Cielo, y la Iglesia concibe á hijos que suben al Cielo. María concibe á aquel que abre el Cielo, y la Iglesia concibe á los

(1) Sancta Ecclesia immaculata coitu, fecunda partu, virgo est castitate, mater est prole, parturit nos virgo, non viro plena, sed Spiritu; parit nos virgo, non cum dolore incarnatorum, sed cum gaudio angelorum; nutrit nos virgo, non corporis lacte, sed Apostolorum. Virgo est Sacramentis et virtutibus; mater est populi. Lib. 1 de Virgine.

que entran allí. María es virgen, y la Iglesia es virgen. María es fecunda, y la Iglesia es fecunda. De una y otra parte, unida esta fecundidad á la virginidad conservada, es un gran milagro. El Espíritu Santo es quien hace fecundas á las dos vírgenes, á María y á la Iglesia.....

Esta antigua madre, la Iglesia, que tiene más de mil ochocientos años, siempre perseguida y siempre en el Calvario con su divino esposo, es siempre virgen y siempre fecunda. Esposa de Jesucristo, le da numerosos hijos, no cada nueve meses como las otras madres, sino cada día, cada instante y en todos los lugares del mundo. Concibe numerosos hijos para Dios; los pare, los alimenta, los educa, les da vestidos, los sostiene, los instruye, los acompaña durante el tiempo, y los conduce á la eternidad de la gloria, al lado de su divino Esposo que corona á la Madre y á los hijos.....

La Iglesia católica, apostólica, romana, es madre de la verdadera ciencia: la teoría y la experiencia están acordes para proclamar esta verdad. El cetro de la ciencia, dice M. de Maistre, sólo pertenece á Europa porque es cristiana. No ha alcanzado tan alto punto de civilización y de conocimientos sino por haber principiado por la Teología, porque las Universidades no fueron en su principio más que escuelas de Teología, y porque todas las ciencias arraigadas en este divino principio han manifestado la savia divina con una vegetación inmensa. (Veladas de S. Petersburgo).

La Iglesia y la ciencia son hermanas; los que pretenden, dice el autor de los *Anales de la Filosofía*, que la una debe excluir á la otra; los que pretenden amar á la una y aborrecer á la otra, no tienen verdadera ciencia careciendo de verdadera religión.....

No eran estos los pensamientos de la antigüedad, prosigue el mismo escritor, y no hay pueblo en él que no hallemos la ciencia y la religión dándose la mano y marchando acordes. Y desde luego vemos con claridad en los sagrados libros que la invención y la perfección de todas las obras del arte son atribuidas á la intervención inmediata de Dios, desde los primeros vestidos con que se cubrió el hombre, hasta la construcción de estos palacios que flotan en los mares. Entre los egipcios, entre los galos, en Atenas, en Roma, los sacerdotes eran los que conservaban la ciencia, ellos los que inventaron las artes, recogieron los experimentos, conservaron las tradiciones y escribieron las historias que nos quedan. En el altar, es por decirlo así, en donde ha nacido la ciencia; en los templos es donde se ha educado, y á la vista de los sacerdotes se ha fortificado y embellecido.

Por esto vemos á los pueblos muy penetrados del pensamiento que á la religión debía la ciencia sus progresos, y los sabios no hallan dificultad en atribuirle sus triunfos.

Pero, cuando el orgullo se apoderó de la ciencia, cayó pronto en el delirio. En su nombre todo fué desconocido, puesto en duda y desvirtuado su fin. Las artes se ofrecieron al servicio de las pasio-

Sólo la Iglesia posee y da la verdadera ciencia.

nes, y las ciencias fueron en pos de soluciones absurdas. La filosofía, enemiga de la religion, cayó en contradicciones tan grandes, tan palpables y tan evidentemente fuera de razon, que las personas más sencillas, las que conservaban sentido comun, ridiculizaban sus sentencias, sus invenciones y demostraciones. Así es que todas las grandes cuestiones de aquella época, suscitadas sin Iglesia y sin religion, la formacion del mundo, los átomos, el éter, el movimiento, la materia, Dios, el alma, la vida futura, son para nosotros motivo de lástima y de tristeza, viendo en qué pequeñas argucias consumian su talento aquellos hombres que trabajaban lejos de Dios y sin Dios.

La viva luz del Evangelio aparece, y todo el universo queda iluminado. Entonces la ciencia empieza á entrar en sus verdaderas vías, la civilización se separa del paganismo, vergüenza de la humanidad, y todas las artes juntas vienen á tributar homenaje á la religion.

En aquellos siglos de barbarie, cuando todo iba á desaparecer; cuando la religion civil, los ritos, las costumbres eran violentamente interrumpidas y en cierto modo enterradas vivas en la tumba, y cuando toda la antigua civilización iba á perecer con las artes, la Iglesia atrajo entónces hacia sí las ciencias, y las recibió en su santuario, único asilo inviolable.

Allí, en tanto que todo era ignorancia, barbarie y ferocidad, se preparaban en silencio y en secreto las bases que debían ser el fundamento del nuevo estado social. ¡Admirable espectáculo! Como si las ciencias hubiesen necesitado ser regeneradas por medio de la penitencia de los excesos á que se habían prostituido sacerdotes austeros, cenobitas fervientes, cristianos de aquellos que sabían que no hay más que una cosa necesaria, predicando que la ciencia lincha y haceiudo profesion, á ejemplo del grande Apóstol, de no conocer más que á Jesús, y á Jesús crucificado, aquellos hombres eran los que nos conservaban la lengua del circo y del foro. Pero la religion, obrando así, quería conservarnos las historias del mundo y manifestarnos á los hombres tales como han existido.

Preguntamos nosotros: ¿dónde estaban entónces los sabios que ántes habían osado levantar sus pensamientos contra Dios? Habían desaparecido como una hoja ligera arrebatada por la tempestad. Y ¿á qué vienen las continuas acusaciones de ignorancia dirigidas continuamente contra los cristianos, y en particular contra el Clero? Si existía algun conocimiento del pasado, si había un historiador, un poeta, un verdadero filósofo, un sabio en una ciencia cualquiera, en la Iglesia es donde se hallaba, ó en el claustro, ó entre los hombres de ayuno y de penitencia. Letrado ó clérigo, sabio ó sacerdote, eran ya términos sinónimos.... La elocuencia latina y griega, la historia, la literatura, la arquitectura, la jurisprudencia, la ciencia de la guerra, todos los conocimientos salieron de los claustros, donde habían sido guardados, y aparecieron de nuevo en el mundo puros y regenerados....

Entónces, en medio de aquella sociedad cristiana, hermosa en

verdad y rica en virtudes, se manifiesta de repente el deseo y la resolucion de imitar y sobrepujar, si era posible, todo lo más perfecto en materia de artes y ciencias que había producido la antigüedad. Advertidos y guiados por las obras salvadas por los sacerdotes, sostenidos por la proteccion de los Pontífices, é iluminados por las inspiraciones sublimes que la religion sabe comunicar á los que trabajan por ella, pronto aparecieron artistas como Miguel Angel y Rafael, se alzó sorprendente la Iglesia de San Pedro de Roma, todas las artes fueron honradas, y ántes de finar el siglo xvii nada tuvieron que envidiar los modernos á los antiguos.

La Iglesia posee la verdadera ciencia, no teme más que la ignorancia, y sus enemigos son los orgullosos y los ignorantes....

Señor, dicen los Cantares, os cogeré en la casa de mi madre (la Iglesia), y allí me instruireis: *Apprehendam te in domum matris meae, ibi me docebis.* (VIII. 2).

En la Iglesia, dice la Sabiduría, está el espíritu de inteligencia, sinto, uno, variado, sutil, experto, pronto, incorruptible, cierto, dulce, amante del bien, penetrante, infalible, bienhechor, amigo de los hombres, inmutable, indefectible, sereno, lleno de toda virtud, previsor sobre todo, hábil para comprender todos los espíritus, inteligible, vivo y puro. (IV. 22-23). La ciencia de la Iglesia tiene todas estas cualidades....

Cuando Montesquieu, lleno de admiracion ante los beneficios que el cristianismo ha derramado en la sociedad, exclamaba en su entusiasmo: ¡Cosa admirable! la religion cristiana, que parece no tiene otro objeto que la felicidad de la otra vida, es tambien nuestra dicha en la vida presente, pagaba al cristianismo, dice el autor de los *Anales de la Filosofia*, la deuda de la humanidad; proclamaba una verdad que, por desgracia, parece han olvidado bastantes los pueblos y los gobiernos.

Antes de aparecer el cristianismo, la esclavitud era universal. No pueden leerse sin estremecimiento los detalles de aquel monstruoso poder ejercido por amos sin piedad sobre los desgraciados esclavos. Poco era tenerlos condenados á los más rudos trabajos, casi sin esperanza de poder nunca conseguir la libertad; poco era hacerles sufrir en épocas determinadas ignominiosos azotes para que no olvidasen su condicion y tuviesen presente que eran esclavos del Estado al mismo tiempo que ciudadanos: era cosa admitida envilecerlos con la embriaguez para que fuesen mirados como bestias salvajes y se organizaran batidas contra ellos. Así se amestaban criminalmente los de Esparta en el oficio de las armas.

Atenas, ménos atroz en sus costumbres, si reprobaba las crueldades de Esparta, tenía mayor multitud de esclavos. Solo la ciudad de Pericles tenía veinte mil ciudadanos y cuatrocientos mil esclavos.

Roma, que debía su nacimiento á unos esclavos fugitivos, tuvo por algun tiempo memoria de su origen. Se manifestó en un prin-

En la Iglesia es donde únicamente se halla la libertad, la igualdad y la fraternidad verdaderas.

cipio humana con sus cautivos; pero pronto surgió la esclavitud, y aquella ciudad llegó á deshacerse por venta de sus esclavos ya viejos. Separados éstos de la sociedad humana, despojados, en lo posible, del carácter que tenían de la naturaleza, su condición era muy parecida á la de las bestias de carga, y aún podían considerarse dichos si no tenían que envidiar la suerte de los animales, cuyos trabajos compartían. Los desgraciados empleados en el cultivo de las tierras, iban siempre con los pies cargados de grillos. Sólo se les proporcionaba los más viles alimentos, y aún con escasez; y por la noche se les encerraba en calabozos infectos donde apenas podía penetrar el aire. Ningun tribunal oía sus quejas, ni les servía de asilo contra la crueldad de sus tiranos. La fuga, único medio que les quedaba para sustraerse á la opresión, estaba rodeada de amenazas y de una horrible perspectiva: si su plan de evasión fracasaba, se veían sujetos á los más crueles tratamientos. Les arrojaban en el circo para ser pasto de las fieras, ó bien señalados con un hierro candente sin cesar recordaban con horror á sus compañeros de infortunio, con aquellas marcas sangrientas, que para ellos era el mayor de los crímenes aborrecer la esclavitud y dejar escapar un suspiro por la libertad.

¿Hablarémos, dice el mismo escritor, de aquellos atroces juegos en que corría la sangre de millares de esclavos para divertir al pueblo-rey en sus ocios, y las víctimas empujadas á la muerte, se inclinaban todavía ante su tirano, diciéndole al pasar: *Morituri te salutant*.

La legislación toda era cómplice de tan horribles excesos. Había dejando al dueño un derecho ilimitado sobre la persona y la vida de sus esclavos. Parecía que la mayor parte del género humano estaba destinada á nacer, vivir y morir sólo para algunos seres privilegiados que tenían su derecho de la fuerza brutal y habían sacado su odioso poder de la sangre.

Tal era el triste estado de la sociedad cuando aparecieron en la tierra Jesucristo y la Iglesia con el Evangelio destinado á renovar la civilización, destruir la esclavitud, dar la verdadera libertad, la igualdad posible y la fraternidad positiva.

Y el Verbo de Dios, la Sabiduría eterna verifica este tan deseado cambio por medios dulces y grados insensibles. No dijo Jesucristo á los esclavos: He venido á romper vuestras cadenas, recobrad todos vuestros derechos: no hiere tampoco á los amos con palabras de ira y amenazas; hubiera así trastornado y destruido la sociedad en vez de salvarla; pero se presentó en medio de los hombres en la pobreza y en la humillación, casi con la condición de esclavo, dice S. Pablo: *Formam servi accipiens* (Philipp. II. 7); elevando así el alma suya, y probándoles que no es el estado, sino el corazón y la virtud lo que constituye el hombre. Y dirigiéndose luego á los amos les dice: Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón: *Discite á me, qui a mitis sum et humilis corde*. (Matth. XI. 29). Finalmente, le-

vantando la voz y preparando la libertad del mundo, al recordar al hombre la dignidad de su origen, dijo abiertamente estas palabras, consuelo de los desgraciados, que tan mal debieron sonar á los oídos de los dueños del mundo: No hay más que un maestro; vosotros sois todos hermanos; porque no tenéis más que un padre que está en el cielo: *Unus est magister vester; omnes autem vos fratres estis; unus est pater vester, qui in caelis est*. (Matth. XXIII. 8-9).

Pronto hicieron estas sencillas palabras una revolución en el mundo. Pronunciadas en un oscuro rincón del Asia, van á extenderse rápidamente por el universo, y obran allí prodigios.

Sigamos en pocas palabras los progresos de la grande y maravillosa obra de la libertad, la igualdad y la fraternidad, beneficios exclusivos del cristianismo.

Jesucristo había terminado su misión y abandonado la tierra, dejando á sus discípulos el cuidado de terminar su obra divina. La humilde sencillez del pescador iba á triunfar de la orgullosa ciencia del filósofo. S. Pablo comentaba ya las palabras de su divino Maestro, y recorría el universo, admirado de sus desconocidas doctrinas, de su amor puro y de su ardiente caridad: llenaba con aquella moral bajada del Cielo las admirables instrucciones que tenemos con el nombre de Epístolas, dirigidas á los diferentes pueblos que había convertido á la fe. Amos, decía, dad á vuestros esclavos lo que reclaman la justicia y la equidad, sabiendo que tenéis, lo mismo que ellos, otro amo en el cielo. (*Ephes. VI. 9*). No hay ya judíos ni gentiles, esclavos ni hombres libres; porque sois todos unos en Jesucristo. (*Gal. III. 28*).

En Jesucristo, dice á los Colosenses, no hay gentiles ni judíos, circuncisos ni incircuncisos, bárbaros ni escitas, esclavos ni libres; sino que Jesucristo lo es todo en todos. (*III. 11*).

Muchas veces se place el Apóstol de las Gentes en recordar esta libertad, igualdad y fraternidad que el cristianismo ha venido á establecer por medio de Jesucristo entre los hombres.

La Iglesia naciente formaba su espíritu sobre el espíritu de su divino fundador y de sus primeros discípulos. ¡Oh! qué rápidos eran los felices cambios producidos por ciertas palabras de la Iglesia en las relaciones de los amos ya cristianos con sus esclavos! ¿Podían ser inspirados por otros sentimientos que por los de padres y hermanos, cuando se encontraban en el seno de la familia ante aquellos criados á quienes habían visto en la asamblea de los fieles, orando á su lado, oyendo á la par las palabras del obispo que les predicaba la caridad de Jesucristo, ó sentados en la misma sagrada mesa alimentándose con el cuerpo y la sangre del Cordero sin mancha? ¿Qué suave era el mandato en sus labios, al dirigirse á aquellos esclavos purificados como ellos en las sagradas fuentes, revestidos como ellos de Jesucristo, y admitidos también á la fracción del pan! Por esto amos y criados sólo tuvieron un corazón y una alma.

Y si, por el contrario, no habían sido aún iluminados por el cris-

tianismo, enternecidos y admirados al ver la dulzura de sus amos, se preguntaban qué religion era aquella que tanta benevolencia inspiraba hacia los esclavos, y pronto adoraban al Dios de caridad, al Dios de los cristianos....

El cristianismo hacia cada día nuevas conquistas, y pronto fué conocido del mundo entero. Toda la sociedad se impregnaba insensiblemente de su espíritu de dulzura y de humanidad. Los mismos príncipes paganos sufrieron á pesar suyo los efectos de su irresistible influencia. El emperador Adriano quitó á los amos el derecho de vida y de muerte que la atroz legislación de la república les habia concedido. Bajo este supuesto, los esclavos, entraron casi en la condicion de ciudadanos, es decir, que el castigo capital quedó reservado á los magistrados, que sólo lo ordenaban despues de cierto juicio. Adriano sancionó tambien estas disposiciones, imponiendo á los contraventores un castigo que debió herir el orgullo romano: decretó la pena de muerte con los que sin razon matasen á sus esclavos. Antonino el Píadoso confirmó el mismo acuerdo. Y no sólo se trató de poner la vida del esclavo al abrigo de la crueldad de su amo, sino que se pusieron tambien limite á la violencia y brutalidad; se abrieron los templos para servir de refugio á las víctimas, y la estátua del príncipe su bienhechor á quien iban á abrazar en su desesperacion extendia sobre ellos una mano protectora.

No intentaremos seguir en todos sus detalles los progresos de aquella feliz y grande revolacion operada por la Iglesia, y enumerar los actos legislativos de cada uno de los emperadores cristianos sobre la emancipacion de los esclavos y la libertad. Constantino, Justiniano, Leon el Sabio, Basilio, todos rivalizaron en zelo para dar la verdadera libertad, establecer en lo posible la igualdad y asegurar la fraternidad.

Todo lo que la religion consagraba, iba de tal modo acompañado de las ideas de libertad, que se creia que la bendicion del sacerdote dada á los esclavos que se casaban les concedia la libertad; y no faltaron amos avaros que, dominados por este pensamiento, no permitieron que sus esclavos fuesen á hacer bendecir su union al pié de los altares. El emperador Basilio hizo una ley para remediar aquel desórden de algunos amos estúpidos.

En todas partes y en todos los siglos en que ha dominado la Iglesia católica, apostólica y romana, ha habido siempre la verdadera libertad, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad: en todas partes en que la religion ha sido proscrita, ha desaparecido á la vez la verdadera libertad, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad.

Véase qué esclavos y desgraciados ha hecho el yugo de Mahoma á sus partidarios!

Sólo la Religion sostiene al oprimido contra el opresor, y dulcifica las leyes. El espíritu del Evangelio es el que ha proscrito la exposicion de los niños; el espíritu del Evangelio es el que ha dictado esas

leyes favorables á los deudores, á quienes, segun la legislación de las doce tablas, era licito despedazar. La Iglesia es la que, con su tierna solicitud por el pobre, y con su severidad contra el rico avaro, ha prohibido la usura. ¿No ha moderado la Iglesia el rigor de las leyes penales? La máxima *Ecclesia abhorret à sanguine*, es la regla del sacerdocio. El concilio de Sardico obliga á los obispos á que interpongan su mediacion en las sentencias de destierro.

Y ¿no es tambien la religion la que hace que el hombre sea dueño de sus desarregladas inclinaciones?

En donde esté el Espíritu de Dios (y por consiguiente el espíritu de la Iglesia, que es el mismo espíritu), allí está tambien la verdadera libertad, dice S. Pablo: *Ubi Spiritus Dei, ibi libertas*. (II. Cor. III. 17).

El que comete el pecado, es esclavo del pecado, dice Jesucristo: *Omnis qui facit peccatum, servus est peccati*. (Joann. VIII. 34). Y como la religion combate y destruye el pecado, da la verdadera libertad, la libertad de los hijos de Dios. Ved, por el contrario, el hombre sin religion: ¡ay! es esclavo, es esclavo de otros tantos tiranos como pasiones tiene que le dominan, y jamás es libre....

La Iglesia católica, apostólica y romana es verdaderamente esposa de Jesucristo, y la única y verdadera Iglesia que ha establecido. Lo hemos probado por su antigüedad su unidad, su infalibilidad, su perpetuidad, su solidez, su visibilidad su catolicidad, su santidad, su celo, su veracidad, su poder, su caridad, su hermosura, su virginidad fecunda, su ciencia y sus beneficios.....

La falsedad de las otras Iglesias está probada por su establecimiento, su novedad, sus variaciones, la diversidad de sus opiniones sobre la Escritura, el mal uso que han hecho de la misma Escritura, las falsificaciones de sus textos, sus invectivas, su falta de mision, su separacion de la Iglesia universal, su invisibilidad, su caida, sus contradicciones, su destruccion del libre albedrío, la corrupcion y blasfemias de sus fundadores, etc.....

Finalmente, comparemos esta religion con todas las demás religiones del mundo: que nos presenten otra religion, dice el P. Campien, más antigua, ó más firme, ó más santa, ó más universal, ó más celosa, ó más unida en una misma unidad de creencia. Que nos presenten otra religion atacada con más furor y violencia por todos los poderes de la tierra y del infierno y por millares de sectas heréticas, desde Jesucristo y los Apóstoles hasta hoy día. Y á pesar de tantos terribles ataques, esta Iglesia es sin embargo más firme, más inquebrantable, victoriosa y triunfante cada día. Que nos presenten otra religion que tenga más señales de verdad, más motivos de credibilidad, más caracteres de Divinidad y motivos más fuertes, más poderosos y en mayor número; seguro es que no se presentará ninguna con tal fuerza. Y por otra parte, mientras yo no vea en las otras religiones nada que no sea natural, humano y car-

Conclusion y recapitulacion.

nal, nada que se parezca á verdadera piedad y santidad, nada que no sea terrestre y sensual; mientras yo no vea en las otras Iglesias que se dicen cristianas más que novedades y sutilezas, variaciones y contradicciones, una multitud de calumnias é imposturas para difamar la Iglesia romana, desacreditar la autoridad del soberano Pontífice y de los primeros Pastores, y ennegrecer y calumniar á los defensores de la verdadera religion, un caos inagotable de sentimientos diferentes, no sólo en una misma secta, sino tambien á veces sobre un mismo artículo; mientras vea en las otras Iglesias lo que se vió en tiempo de Calvino y Lutero, aquellos nuevos apóstoles que sus partidarios creían nacidos milagrosamente para reformar la Iglesia, y que sin embargo se contradecían eternamente, se llenaban de las más atroces injurias, se excomulgaban tambien unos á otros, siendo todos apóstatas que renunciaban á una profesion santa para poder casarse y llevar una vida licenciosa; mientras yo no vea en estos nuevos reformadores más que orgullo, pertinacia, terquedad, cábala, espíritu farisaico, gente que predica á los demás una severidad desmedida y no la practica, y nos presenta á un Dios cruel, á un Salvador que no quiere salvar á todos los hombres, ni ha muerto por todos; profanos innovadores cuyo sistema sobre la libertad y la gracia conduce á la relajacion más infame, y siempre condenados, hacen befa de todas las condenaciones, hasta de las de concilios ecuménicos, y no quieren nunca escuchar ni obedecer, obstinándose á permanecer en sus errores; mientras yo no vea en todas las diferentes sectas, la luterana, la calvinista, la zwingliana, la sociniana, la jansenista, etc.; más que horribles excesos, y al mismo tiempo ninguna razon que pruebe la verdad de su religion, ninguna razon que no puedan alejar indistintamente todos los herejes para probar sus contrarias opiniones; mientras yo no vea todo lo dicho, repito, permaneceré siempre inviolablemente unido á la Iglesia católica, apostólica y romana, única que Dios sostiene contra tantos y tan formidables ataques, única hecha por Dios invencible é inquebrantable, y detestaré todas las sectas, llenas únicamente de errores y de escándalos. Todo hombre realmente cuerdo no podrá menos de aprobar tal conducta.

IGUALDAD.

La igualdad, como la entienden los revolucionarios, es imposible; nada es más cierto y evidente. ¿Cómo en efecto hemos de hacer que exista entre los hombres, 1.º la igualdad en las cualidades naturales, ya de cuerpo, ya de espíritu...; 2.º la igualdad en placeres y padecimientos...; 3.º la igualdad en inclinacion al bien ó al mal...; 4.º la igualdad de posicion, pues es forzoso que haya superiores que manden é inferiores que obedezcan...; 5.º la igualdad de salud, de hermosura, de fortuna y de honores...; 6.º la igualdad de recompensas y de castigos, pues unos merecen ser más ó menos recompensados y otros ser castigados...; 7.º la igualdad de carácter, de inteligencia, de ciencia, de juicio, de virtud, de modo de ver, etc.?

La igualdad es imposible.

La desigualdad procede de la caída del hombre.

A causa de la iniquidad de los pueblos los reyes se multiplican, dicen los Proverbios: *Propter peccata terræ, multi principes ejus.* (XXVIII. 2). Del pecado de Adán han salido los reinos y los principados, los reyes y los principes. Sin el pecado, todos habríamos sido iguales, todos nos habríamos conducido segun la justicia original, y nos habríamos mantenido en ella; pero con el pecado el hombre se extravió, y fueron desde entónces precisos amos que le llamasen al órden, fueron precisas leyes, penas y recompensas.... Por su naturaleza, todos los hombres son iguales, dice S. Gregorio; pero en el interés del órden transitorio del mundo, ha habido necesidad de superiores, y esta diferencia entre las condiciones que procede del pecado, ha sido establecida con justo título y por voluntad de Dios para que el hombre que se extraviase fuese conducido de nuevo al camino del bien (1). Véase Deberes de los amos.

De dónde viene la desigualdad que existe entre los hombres?

Oigamos á Séneca. La prudencia, dice, os enseña á vivir familiarmente con vuestros esclavos. Pero objetareis, ¿no son esclavos? Decid más bien que son hombres. ¿No son esclavos? Decid más bien comensales. ¿No son esclavos? Decid más bien amigos humildes. ¿No son esclavos? Decid más bien compañeros de servidumbre. Porque ¿no estais como ellos bajo el imperio de la fortuna? Tratad de reflexionar. ¿No es este hombre á quien llamais esclavo vuestro de la misma naturaleza que vosotros, no goza del mismo cielo, no respira el mismo aire, no vive como vosotros, y no está como vosotros des-

Es preciso establecer la igualdad en lo posible.

(1) Omnes homines natura equales sumus; sed accessit dispositivo ordina, ut quibusdam precebat videamur; ipsa que diversitas que accessit ex vito, recte et divinis iudiciis ordinata, ut quis omnis homo iter vite sequi non graditur, alter ab altero rogatur. Pastor.